

Presentación del libro *Metaphora Medicine et Chirurgie*.

Antonio Cid, Catedrático de Literatura Española de la UCM

Muy queridas Milagro Laín y Doris Ruiz Otín. Queridos Pedro Álvarez de Miranda y Diego Gracia. Pedro Sánchez, director de la Editorial Doce Calles, Doctor Bandrés y Federico Mayor Zaragoza. Y, claro está, queridos todos los que nos acompañáis en este acto. Gracias a todos, y gracias a la Biblioteca Histórica que nos acoge y, muy especialmente, a su directora, Marta Torres.

Damos principio a la presentación pública del libro *Metaphora Medicine et Chirurgie*, en la primorosa edición preparada por Milagro Laín y Doris Ruiz Otín; pero me permito antes unas breves palabras, improvisadas esta misma mañana.

Hace ya muchos años, consultando en Simancas la documentación del Gobernador de Flandes, Don Fernando de Austria —Cardenal-Infante, y hermano de Felipe IV—, encontré una carta de su secretario de Estado y Guerra, Don Miguel de Salamanca, escrita en Bruselas y dirigida a un colega, secretario en Madrid. La carta contenía un párrafo, que en su momento me produjo cierto asombro, y que no se me ha olvidado.

Refiere el secretario Don Miguel que los españoles habían conseguido un inesperado éxito militar. Inesperado, porque todo se había preparado mal, todo se había ejecutado mal, ninguno de los jefes del ejército había cumplido con su deber, todas las condiciones eran desfavorables, los franceses eran muy superiores en número y en estrategia. Y sin embargo, a pesar de todo, se había ganado la batalla. Y Don Miguel apostilla :

“Este es uno de los milagros que Dios suele hacer por la Casa de Austria y por España”.

A pesar de que todo estaba en contra, bastó el arranque a la desesperada de unos cuantos soldados anónimos, y mal pagados, para dar la vuelta a la situación y convertir un más que previsible fracaso en una imprevista victoria.

Mutatis mutandis, estamos hoy aquí ante uno de los milagros que Dios suele hacer por la cultura española.

A pesar de una política cultural estatal errática, o inexistente.

A pesar de unas políticas culturales autonómicas (unas políticas, más bien, de la culturilla o la cultureta), que son también erráticas o inexistentes, cuando no son simple oportunismo de campanario, o doctrinarismo identitario.

A pesar de una política editorial de las instituciones públicas que suele ser no menos inexistente, errática y oportunista...

Y valga un botón de muestra: Una de nuestras más doctas corporaciones ha publicado hace unos meses una reedición del libro de Menéndez Pidal sobre el Padre Las Casas. La reedición consiste en un simple facsímil, mal hecho, y en una desenfocada introducción donde el prologuista afirma, entre otras perlas, que el libro de Menéndez Pidal había pasado desapercibido en su momento. Nada más inexacto. Es el libro más polémico de Don Ramón, y en el que con más pies de plomo tuvo que manejarse. El libro dio lugar a decenas, o centenas, de reseñas y réplicas; a Menéndez Pidal le costó la desaprobación, o la reserva, de antiguos colaboradores y amigos (Marcel Bataillon, Américo Castro), y, por el contrario, la aprobación, muchas veces recelosa, de políticos y otras personas con las que tenía muy escasa afinidad. Don Ramón conservó cuidadosamente todos los ecos, favorables y desfavorables, que tuvo su libro, entre ellos la carta de un fraile dominico (?) que le aseguraba su eterna condenación por haberlo escrito; conservó también todos los materiales preparatorios, con abundantes reescrituras; y acribilló su ejemplar de uso con infinidad de correcciones y añadidos para una futura reedición.

Pues bien, a la docta corporación se le informa de que existen todos esos materiales, y se le ofrecen para que se publique un volumen complementario que subsane la errónea percepción, descontextualizada, que se desprende de la reedición tal como se ha hecho. La respuesta es que no existía “asignación específica” para acometer esa publicación. Es decir, sí hubo asignación específica para una edición inútil, y perjudicial (realizada, por otra parte, sin conocimiento ni autorización de la institución depositaria de la herencia intelectual de Ramón Menéndez Pidal); pero no la había para remediar el desaguado.

Sigamos.

A pesar, y ello es mucho más grave que todo lo anterior, de un estado de corrupción estructural y de unas corruptelas generalizadas, que afectan del Rey abajo a todas las instituciones públicas de nuestro país, y a pesar de la desmoralización que está impregnando gravemente y extendiéndose en la sociedad española.

A pesar de una crisis económica en donde la cultura es una de las primeras víctimas, ya que al parecer se considera que la cultura es lo primeramente prescindible.

A pesar de todo, nuestro país, y su actividad cultural, sigue existiendo, sigue funcionando, o al menos no se ha colapsado.

¿Será este uno de los milagros que Dios suele hacer por España?

Es posible. Pero Dios, en todo caso, cuenta con alguna ayuda.

Existe una sociedad civil. Existen personas, y son muchas, que históricamente y ahora mismo han sido y son capaces de compensar y suplir en alguna manera las carencias y la ineficacia de sus instituciones, gestores, sedicentes representantes, etc.

Un intelectual en el más amplio sentido, Don Pedro Laín Entralgo, nos dejó la lección de que había que tener fe en el pueblo y en la sociedad española. Siempre ha habido y sigue habiendo individuos que por simple imperativo moral, o si se quiere, por la dimensión imperativa de la persona, de su persona, que definió Don Américo Castro, insisten en intentar cumplir con su deber y en hacer las cosas bien hechas, simplemente porque sí, sea por vergüenza torera o por la propia autosatisfacción, y la satisfacción de los demás, sin esperar recibir nada a cambio, ni siquiera reconocimiento, o al menos el excesivo reconocimiento que exigen otros, casualmente quienes menos lo merecen.

Trasponiendo lo que creo que es una realidad general, desde el funcionario que tantas veces nos atiende con eficacia en una ventanilla, en contra de tópicos tan difundidos, al tendero o el electricista que tantas veces nos “sorprenden” porque saben su oficio y lo ejercen honradamente, trasponiéndolo a nuestro limitadísimo ámbito de la cultura y la investigación, nos encontramos con lo siguiente:

Dos investigadoras que ya no tenían ninguna necesidad de engrosar su currículum, ni de exhibir méritos ante las agencias evaluadoras que miden y establecen lo que llaman “la excelencia”, deciden hacer un libro, y dar a conocer una obra ignorada de notabilísimo valor para la historia de la ciencia y de la lengua y la literatura españolas (Pero de ello nos hablarán enseguida Diego Gracia y Pedro Álvarez de Miranda).

Un grupo de investigación de una universidad española, la Universidad Complutense, que decide apostar por el proyecto, porque tiene el criterio suficiente y se fía de la capacidad de las investigadoras, y cree en el valor de lo proyectado. Ese grupo radicaba en el Instituto Menéndez Pidal, del que yo era entonces director, y esa es la única razón de mi presencia en esta mesa. Pero debo aclarar que no tuve ninguna intervención en el apoyo del Grupo al proyecto de Milagro Laín y Doris Ruiz Otín; de

suerte que nada tiene que ver mi antigua amistad con Milagro y Doris en el apoyo que recibieron dos personas que eran miembros integrantes del Grupo.

Tenemos, en penúltimo lugar, a un editor, Pedro Sánchez y a una editorial, Doce Calles, que deciden también apostar por publicar con admirable pulcritud un libro, y lo hacen bien a sabiendas de que no figurará en las listas de libros más vendidos del Corte Inglés o de Abebooks.

Y para terminar, dos eminentes gestores (el doctor Bandrés y Federico Mayor) de instituciones que ejercen el mecenazgo (la Fundación Tejerina y la Fundación Ramón Areces) deciden apoyar también la edición del libro, sin esperar a que exista “asignación específica”. Eso de la “asignación específica” es simplemente la perfecta coartada garantista y burocrática para la inacción y para la ineficacia. Todos sabemos que las asignaciones específicas se crean si existe voluntad para hacerlo, y, sobre todo, si existe el criterio para saber y decidir a qué y a quién merece la pena asignarlas.

El resultado de todo ello es este nuevo milagro de los que suele Dios hacer por la cultura española, y todos debemos felicitarnos por el hecho de que el milagro se haya producido.

Tiene la palabra Don Pedro Álvarez de Miranda.